



el almuerzo en la piscina

36 HORAS DE EDDIE FISHER Y ELKE

EDDIE Fisher acaba de realizar un viaje ciertamente curioso: Londres-Nueva York, ¡con escala en Palma de Mallorca! Una escala que ha durado exactamente treinta y seis horas y que Eddie ha vivido, prácticamente, al lado de la estrella alemana Elke Sommer.

Esta artista —desconocida hasta ahora en España— dice que en su país la llaman la B. B. germana y que ha rodado ya una docena de películas. Nosotros la conocimos nada más pisar tierra mallorquina, en el mismo muelle de Palma, pues llegó en barco. Nos explicó que no había viajado en avión por no querer abandonar su automóvil (un «Buick» último modelo) que no confía a ninguna mano extraña. Por eso, para poder permanecer siempre cerca de su coche, llegó a Palma sobre un transbordador. En la capital de Mallorca está rodando una película de Juan Bosch, con Arturo Fernández de protagonista. Llegó esta chica y dijo que venía de París, de rodar junto a Christian Marquand.

Llegó a Palma y a los dos días apareció Eddie Fisher, con toda su estela de amor desgraciado por culpa de Liz Taylor. Desde el aeropuerto fue a parar directamente al mismo hotel donde se hospeda Elke Sommer, que, por casualidad, estaba tomando un aperitivo en el «hall». Eran las nueve de la noche del pasado día 20.

Elke y Eddie se estrecharon tímidamente las manos y sonrieron. El «ex señor Tay-

lor» venía con barba de dos días, en mangas de camisa y exhibía un gesto de auténtico cansancio. A pesar de todo conseguimos hablar con él:

—¿De dónde viene?

—De Londres, vía París.

—¿Qué está haciendo en Europa?

—Negocios. En Londres he estado conversando con Frank Sinatra. Eso fue anteaer.

—¿Y ahora?

—Estoy de regreso hacia Nueva York.

No quisimos decirle que Palma queda un poco apartada de la ruta Londres-Nueva York.

—¿Conocía a Elke Sommer?

—No, me le acaban de presentar.

—¿Quién?

—Un común amigo: su representante mister Kurt Frings.

—¿Por qué ha venido a Mallorca?

—Para tomar el sol.

—Por aquí tienen su voz en mucha estima. Sigue usted en primera línea...

—Lo bueno siempre perdura. Las canciones de Frank Sinatra y las mías nunca perderán actualidad.

—¿Quién es mejor, ¿Sinatra o Fisher?

—Sinatra es único.

—Usted es muy modesto.

—No, por favor. Procuero ser sincero.

—¿Está satisfecho de sus películas?

—Ninguna ha tenido éxito.

—¿Por qué?

—Debo ser un mal actor. Soy un buen cantante, pero mal actor.

Alguien preguntó:

—Y Elizabeth Taylor, ¿cómo está?

—Bien, perfectamente bien.

—¿Y entre los dos...?

—Por favor, dejemos en paz mi vida privada. Estoy mareado, fastidiado, cansado...

Elke Sommer, que acababa de conocer a Eddie Fisher, subió con éste en el ascensor, para mostrarle el camino. Alguien apuntó: «Aquí hay idilio». Y todos estuvimos de acuerdo. Por eso decidimos ponernos sobre los pasos de Eddie mientras durase su estancia en Mallorca.

Una hora después de su llegada, Eddie reapareció, siempre acompañado de Elke. Ella le condujo a un restaurante alemán, famoso en Palma, y allí cenó la pareja; cenó bien: comida alemana y vino de Mallorca. El restaurante «Tirol» tiene un jardín agradable y allí permanecieron Elke y Eddie por espacio de dos horas. Era medianoche cuando se retiraron, directamente hacia el hotel. Elke es simpática y acogedora; a mí —no sé si porque fui el primero en saludarla al llegar— me trata con mucha cordialidad. Cuando se retiraban a descansar le pregunté:

—¿Qué harás mañana, Elke?

—Mañana tengo vacación...

«Mañana» era jueves, día del Corpus, y la gente de la película hacía fiesta. Continué interrogando a la rubia:

—¿Irás a la playa, Elke?



camino de una cena a dos, en "el terreno"



regreso en "simón", cantando

SOMMER EN PALMA DE MALLORCA

—Sí, claro. A Palma Nova.

—¿Con Fisher?...

—No sé... Seguramente no.

Lo que son las cosas. A la mañana siguiente no fue a Palma Nova y, en cambio, estuvo con Fisher. Se quedaron en la ciudad, junto a una piscina muy espectacular, llamada el «Aquarium», que está sobre el Paseo Marítimo de Palma. Un lugar encantador. Llegaron allí a las once y media de la mañana, desde el hotel, y permanecieron hasta las seis de la tarde. Se bañaron, tomaron el sol, comieron, se bañaron otra vez, vuelta a tomar el sol, leyeron prensa extranjera...

A las seis de la tarde regresaron al hotel. Una siesta, seguramente. Una siesta larga. A las nueve volvieron a asomar, esta vez para dirigirse a un restaurante caro —«El Patio»— en la barriada más cosmopolita: El Terreno. Otra vez cenaron bien y en esta ocasión ya sin disimulos, como dos enamorados, mirándose a los ojos. Regresaron a la ciudad utilizando un «simón» descubierta y cantando a grito pelado a lo largo de todo el Paseo Marítimo. Eddie Fisher parecía infinitamente más feliz que la noche antes, cuando llegó a Palma. El viaje en «simón» duró casi una hora. Era ya medianoche cuando llegaron otra vez a la cervecería alemana, donde cenaron la noche anterior. Allí estuvieron de tertulia con el propietario, Rudi Henning, hasta las tres de la madrugada, bebiendo whisky escocés y cerve-

za danesa. Eddie Fisher, muy amable con todos, firmó autógrafos para gente extranjera. A las tres de la mañana volvían al hotel, a pie.

Al entrar, como si estuviera allí por casualidad, le pregunté al cantante:

—Señor Fisher, ¿cuándo se marcha usted?

—Mañana mismo, muy temprano.

—Me habían dicho que prolongaba su estancia aquí...

—Ojalá, me gustaría, pero es imposible. Mañana a las doce del día he de coger el avión de la «Panamerican», en Barcelona, directo hacia Nueva York.

Los vi marchar, cogidos del brazo, susurrando una canción para mí desconocida. Eran las cuatro de la mañana. Nos quedamos en el «hall» hablando con el conserje.

A las siete en punto, tres horas después, volvió a bajar Eddie Fisher, esta vez con la sola compañía de una pequeña maleta. Era verdad que marchaba. Se cumplían treinta y cinco horas de su llegada a Palma, haciendo escala desde Londres, rumbo a Nueva York. Treinta y cinco horas vividas, casi de punta a punta, junto a esta encantadora chiquilla, llamada Elke Sommer. ¿Quiere esto decir algo? Desde luego hay un cúmulo de casualidades, incluida ésta de que el jueves era precisamente el día libre de Elke. Por lo demás, nada puedo añadir. Les he contado lo que vi, durante las treinta y cinco horas, casi treinta y seis, que Eddie Fisher pasó en Palma.

Fotos: Julia y Salteras • Texto: Pablo Lluí



el baño

cena en "el tirol"

